

CAPÍTULO III.

Al apoderarse del campo la juventud bailadora, los viejos se retiraron á formar el suyo aparte. Nuevos invitados habian llegado.

Cuatro lindas dependientes de la tienda de la Compañía, muchachas venidas del Tucson hacia poco tiempo y que eran reputadas como elegantes y espirituales bailadoras. Las cuatro vestían con esquisito buen gusto; tres eran hermanas; las tres morenas y con ese brillo especial en la mirada que denota el pasionalismo italiano; eran efectivamente oriundas de la Campiña romana y desde muy niñas venidas á América. Guapas chicas por quienes mas

de cuatro "gringuillos" se habian ya dado de "fights" con los "grissers". El nombre de ellas era Marignano y su padre, un viejo y héroe soldado de Garibaldi que habia llegado á Estados Unidos con su esposa desempeñando un cargo consular de su País, venia de vez en cuando á ver á sus hijas y tornaba á la ciudad americana, fronteriza, donde vivia hacia muchos años.

Mas tarde llegaron los esposos Alvarez; un matrimonio simpático: ella era una cubanita ligera, elegante y airosa; cuerpo mignonado, fino y nervioso; una cabeza noble, coronada por una hermosa crencha rubia peinada artisticamente, ojos verdes, ardientes y francamente expresivos, nariz recta y firme, boca insensiblemente grande, pero tan llena de gracia al expresar verbalmente las ideas, que esto se veia como complemento á su atractiva é inteligente belleza. Su nombre de Luisa trascendia en ella como un ideal y suave perfume de lilas y jazmines ó traía el recuerdo de una pastorcita de Wateau. Aquella noche vestía un traje "plissé" gris-perla sencillo y de esquisito buen gusto.

Toda aquella mujercita se movía en una atmósfera tan atrayente de simpatía á la que na-

die oponia resistencia. Educada en Europa, se expresaba con brillante corrección en francés; el inglés era su lengua materna y el español brotaba de sus labios con ese dèjo lleno de cadencia, de gracia y de tropical laxitud, propio de las soñadoras y ardientes meridionales. El Sr. Alvarez, Enrique, como le llamaban sus amigos, un buen chico, bajo de cuerpo, robusto, su cara tenia una espresión simpática, pero en la que era notable una perene sonrisa de amabilidad tan extrema, que más parecia encubrir una gran debilidad de carácter. Hijo de un antiguo diplomático mexicano y creado lleno de mimos y de mal entendidas delicadezas, su carácter se resentia forzosamente de los defectos propios de los hijos de familias ricas de México. Falto de energía, de profunda debilidad moral ante la adversa suerte y siempre esperando la ayuda extraña en los combates por la existencia.

Hacia seis años, su esposa lo habia sostenido siempre en una vida llena de variantes mas ó menos desafortunadas. Desde hacia como un año que trabajaban los dos en la tienda como dependientes, con un buen sueldo, y esperaban en un año más, ahórrar lo bastante para mejorar de vida.

Junto con ellos entraron todavia algunas personas mas. Entre ellas se podian notar dos americanas de edad indefinida, también dependientes de la tienda, las dos iguales, parecian gemelas viejas; secas, altas de cuerpo, duras de cara, de nariz larga en la que se apoyaban unos anteojos tras los cuales unos ojillos grises lo inquirian y lo registraban todo, boca de labios delgados y cerrados como con jareta por lo fruncidos; una de ellas se llamaba Priscila Brown la otra Lucy O'Neil. Se les conocia como muy rezadoras y asiduas concurrentes á la Yglesia metodista y á todos les llamó la atención verlas allí.

El baile se animó con este nuevo contingente que fué recibido con furiosas demostraciones de alegría, que hicieron que Luisa imprimiera en su cara un imperceptible gesto de desagrado. Desde que habia llegado al mineral presenciaba aquellas manifestaciones grotescas pero no habia podido acostumbrarse á ellas.

El Cashier que con Castañeta, el abogado y el Cura se habia refugiado de nuevo en el estrado, abandonó por un momento á sus compañeros y se dirigió á la Sra. Alvarez, saludandola con extremada cortesía.

—¡Ah! ¡Viejo verde!— dijo el lépero Casta-

fieta—quien lo vé siempre tan sério y tan hipocritón. Miren VV. como la chiquilla si le llena el ojo. ¡¡Por San “Pancho” el de Magdale-nall. Si yo pudiera arrimarmele ¡¡¡juum!!!. No dijo más, pero hizo un gesto tan canallescamente expresivo, que de los ojos bajos de Robleda salió un chizpaso de lujuria. El Curita sonrió beatíficamente.

Castañeta hablaba siempre amablemente con el Cashier pero en el fondo, lo mismo que Robleda, lo odiaban cordialmente y solo la férula del Rey los obligaba á estar juntos. En realidad, á Castañeta y á Robleda, maldito lo que les importaba la tal religión y en el fondo era bien grande el disgusto y la repugnancia que sentían al estar allí; ellos estarían mas contentos en sus burdeles, pero altos intereses los obligaban disciplinariamente, por aquella noche, á tascar el freno y se resignaban. Buenos estaban para andarse con aquellas zarandajas de Knights y de Columbus.!

El Cashier estrechó la mano de Luisa, luego la rogó fuera donde estaba su esposa, haciendo las presentaciones de ordenanza. Enrique Alvarez dejó á Luisa con la esposa del Cashier y se retiró á la sala de espera donde varios americanos comentaban el acontecimiento de aquella

noche y lo mezclaban con planes y combinaciones mineras.

Luisa se sentó junto á la mujer del Cashier y se trabó luego una animada conversación. Hablaban de vestidos, del baile, de los Knights y de religión. A veces el Cashier tomaba sonriendo, parte en la plática.

—No puede V. figurarse, Luisita, como tengo satisfecho mi corazón de cristiana con ésto que acaba de pasar aquí. Tan necesario que es para la pureza de las costumbres el profesar cualquier religión, pero principalmente la católica que es tan sabia. A V. la he visto en la Yglesia algunas veces.?

—Si, Señora. Aunque no vaya muy seguido siempre es grato para mi practicar algo.

—¡¡Oh!! Yo y mi esposo estamos muy contentos con lo que acaba de pasar. El me dice que los Knights of Columbus están estendidos por todo el mundo y el crée que en la República van á echar hondas raíces; tal vez hasta el Sr. Presidente será algún día de los Knights. Mire V., Luisita, yo creo que todo el mundo debe tener religión, la cuestión es que crea en algo.

—Señora—dijo Luisa—lo que me parece extraño es que revuelvan estas fiestas profanas

con la religión.

—Bueno —dijo la Cashier—eso es cuestión de gusto. Se puso un poco seria por la observación, pero luego añadió:—El Sr. Cura con permiso del Illmo. Sr. Obispo, está autorizado para que se celebren estas reuniones y, V. comprende, ellos saben mejor que nosotros estas cosas.

—Señora—explicó Luisa comprendiendo el disgusto de la Cashier—esto es extraño para mí por que no lo he visto antes, pero en realidad es agradable y estoy contenta de que sea así.

—Donde ha vivido V. antes?— le preguntó.

—He viajado mucho, Señora— dijo con placer Luisa— Muy joven casi niña estuve en Quebec, en la Universidad. Tres años después, mi padre me mandó á Paris, donde estuve como cuatro años. ¡¡Oh!! Fui muy feliz entonces. En Inglaterra viví cinco años con una hermana de mi madre que me quería con todo el alma. Puede V. creer, Señora, que he sido muy feliz, muy feliz en mi vida. Mi tia Hattie, la hermana de mi madre, era la mas dulce de las mujeres y yo era su ídolo. Ahora en estos tristes tiempos, cuando algo sufro, el recuerdo de mis días de dicha me dá fuerza para soportar los días sombríos. Estuve en Italia con mis

padres, tia Hattie no queria separarse de mi y nos acompañó en este viaje. Yo no puedo explicarle á V. Señora, lo hermoso que es aquél País. Feliz, feliz, tan feliz como nadie puede serlo lo fui yo — hablaba enardecida por el recuerdo, con dúctil locuacidad, que la hacía enrojecer la cara y brillar sus ojos por la pasión que despertaban en ella los recuerdos. La Cashier estaba pendiente de sus labios y se sentía invadida por la simpatía que, como dominio, estendía sobre ella la mujercita. El Cashier la miraba con una tierna espresión de cariño que le habia transformado la fisonomia. El Cashier era á veces un verdadero buen hombre pero esta bondad efectiva que solía presentarse de vez en cuando, era ahogada en él por la pasión del "money maker" que soplabá fríamente este inútil sentimiento que, como todas las delicadas facultades del espíritu deben ser borradas de las gentes de gobierno y de las de finanzas. En los primeros será la conmiseración que les impedirá practicar los honrados fusilamientos que tan sabrosa y periódicamente practican y en los segundos, les obligaría á ser honrados, cosa estúpida en grado supremo.

—España prosiguió Luisa—es la tierra de la vida novelesca. ¡Son tan amables las españo-

las y tan francas y hay tanta, tanta alegría y tanta luz en aquella tierra! Yo quiero mucho á la gente española, de España, nó á la que ha hecho sufrir tanto á Cuba. Me parece que las gentes á quienes traté en España son bien distintas de las que he conocido en mi País.

—Precisamente, como son aquí los americanos. Vea V., éstos son burdos y mal educados, muy diferentes de los que uno conoce en Estados Unidos. Yo no sé por qué será. Tal vez se atonten luego que salen de su País—dijo la Cashier.

Luisa sonreía con agrado, pero el Cashier no era de ese parecer, por que cambió su cara de espresión y viendo á los bailadores dijo:

—VV. no bailan?

—Hijo. Ya estoy vieja para eso—le contestó su mujer.

—V. ha viajado? Señora—le preguntó Luisa comprendiendo sutilmente que el Cashier no quería empañar la escrupulosa delicadeza de los “gringos” y procurando llevar la conversación por otro lado.

—Yo? Yo he vivido en Chihuahua y conozeo El Tucón y Los Angeles, pero me dá dolor de cabeza cuando me encuentro entre mucha gente y prefiero estar en mi casa aquí, contestó la

interpelada.

La música seguía entretanto con los furiosos “two-steps” que al ser bailados hacían poner cara de tontos á los bailadores. El entusiasmo “crescendo crescendo.”

—Está Vd. contenta aquí?—preguntó la Cashier á Luisa.

—V. comprende Señora, tengo que aceptar mi situación y en lo que cabe estoy contenta. Se trabaja algo pesado, pero mi esposo y yo hemos ahorrado algo y es probable que en cuatro meses más nos vayamos á México, donde la familia de Enrique, que es de influencia, puede conseguir algo bueno para él.

—Es muy buen propósito—dijo el Cashier notablemente preocupado.

—Diré á VV. la verdad—dijo Luisa—estoy cansada de vivir en un medio social en el que no estoy acostumbrada á vivir. Mire V—y se dirigía á la Señora—los dependientes, mis compañeros, tanto mexicanos como yanquis no son personas muy refinadas y sobre todo no concluyó la frase como si le apenara decir lo que pensaba.

—Yo. Por mi parte pienso lo contrario dijo la Señora—pues me parecen muy galantes y muy finos. Es verdad que algunas veces se a-